



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10849

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 5 DE MAYO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

NUEVAS VICTORIAS

El ejército de Filipinas ha reanulado la campaña contra los tagalos y una vez más ha alcanzado la victoria con las puntas de sus bayonetas.

Oferido el perdón á los rebeldes, lo aceptaron muchos; y muchos también lo rechazaron, porque confiaban ilusos que al fin les sonreiría la victoria o porque se rindieron cobardes al temor de que los jefes de la revuelta les haría pagar cara la deserción. Ya tendrán tiempo de arrepentirse, pero puede que no logren otra ocasión de que les perdone sus faltas.

El desengaño ha venido pronto. Si creyeron los tagalos que la ausencia de Polavieja había de variar los rumbos de la campaña, ya han visto que con nuevo jefe y nuevo plan sigue invariable el resultado de la lucha, que es y será lo que ha sido hasta ahora: una serie no interrumpida de triunfos para las armas españolas y una derrota incabable para los que flados en el número y amparados en la traición, pretendieron arrancar á la patria un pedazo de sus dominios.

Se encastillaron en Cavite, en Imús, en Noveletas, en Bacoor, formando aquel formidable cuadrilero que parecía inespugnable según lo cercaron de trincheras erizadas de cañones; pero no contaron con que los soldados de España no cuentan nunca el número de los contrarios, ni miden la

importancia del peligro cuando se trata del honor, y ante el empuje terrible de los que en defensa de su patria y de su nombre hacían el sacrificio de la vida, se derrumbaron los fuertes, se abalieron las banderas, se despoblaron los campamentos y ardieron las poblaciones como si el fuego de la indignación que rugía en los pechos hiciera presa en las paredes de niqua.

Y Cavite, Noveletas, Imús y Bacoor vieron flamear la bandera española donde durante medio año dió al viento sus pliegues el trapo deshonroso que han izado los tagalos en son de rebeldía.

Ahora son arrojados de Naig, de Amadeo, de Indang y de Quintana. Batidos en toda la extensión de la línea Sur de la provincia de Cavite, el grito de victoria por los españoles ha sonado desde la laguna de Taal hasta la costa como antes sonó en el Norte de la provincia.

¿Seguirán probando fortuna los rebeldes? ¿Se internarán en el monte para eludir la persecución? Será inútil, porque allí irán á buscarlos los leones de España para castigarlos como merecen.

¿Se hará el arrepentimiento en las conciencias tagalas? Puede ser. Tal vez la derrota continua que padecen les infunda temor y pidan suplicantes el perdón que antes rechazaron.

Si lo piden y se les concede, téngase en cuenta que lo hará pedir el miedo, pero la rebeldía quedará latente para aprovechar otro momento.

TIJERETAZOS

En el cementerio de Melún se han declarado en huelga los enterradores por que no les aumentan el jornal
Y es lo que les dice el patrono:
—¡Almas de cántaro! ¿No veis que

va disminuyendo la clientela y escaseando el trabajo?

Pero á eso contestan los huelguistas:
—O se nos paga lo que pedimos ó al que se muera que lo entierre el nuncio.
Y ¡ay del enfermo que se muera en Melún en estas circunstancias!
Se queda insepulto mientras no termine esa cuestión de ochavos.

Para fantasía la del doctor Betances. En su acreditado taller de mentiras filibusteras sito en París, se ha confeccionado esta, que deja tamañitas á las que ha servido antes á sus favorecedores.

Dice un periódico:
«El laborante cubano doctor Betances, dice haber recibido un telegrama de Nueva York en el cual se afirma que el combate de Purgatorio duró cinco horas, costando á los españoles doscientos ochenta muertos. También cuenta que en la provincia de Santiago doscientos voluntarios se han pasado al campo insurrecto con armas y bagajes. Una carta de Máximo Gómez sostiene que el general Weyler ha fracasado en las Villas.»

Lástima grande que no sea verdad tanta belleza dirá el generalísimo pensando cómo y por dónde se pondrá en salvo de las iras del general en jefe.

Ese doctor Betances es de oro. Y si las revoluciones triunfaran con la fantasía de los ojateros, sería un gran arrimo para los rebeldes.
Porque á bolero no hay quien le gane.

Rompe cabezas yankee:
«En Camden, Nueva Jersey, un individuo ha hecho publicar en un periódico un anuncio, haciendo saber que estaba pronto á vender su cadáver, á cualquier doctor ó institución médica que quiera aprovecharlo para hacer estudios con él.

La noticia despertó curiosidad, y habiéndose interrogado al individuo acerca de los motivos que le impulsaban á tomar tan extraña resolución, manifestó ser esta efecto de su pobreza y único medio con que contaba para alimentar á su esposa é hijos.

Preguntado cuándo piensa morir, se ha negado á contestar, si bien asegura que no piensa suicidarse.»

¿Cómo matará ese hombre el hambre de su familia mientras no dé el último gipito?

¿O cómo se morirá en tiempo oportuno para que la herencia llegue á tiempo?

Buen enigma para que se quiebren la cabeza los adiccionados á descifrarlos.

CRÓNICA MADRILEÑA

SUMARIO: Convencidos.—El Dos de Mayo.—La fiesta.—Desagravio.—Dos luchadores menos.—Contraste.—Cirujada.—Hecho indiscentible.—Otra lección.

Y pasó el 1.º de Mayo, antes tan deseado por unos y tan temido, sin que hayan temblado las esferas al resonar en el espacio las campanadas y proféticas voces de los oradores socialistas.

Afortunadamente, los prosélitos del socialismo, convencidos de que el fruto no está en sazón, hanse vueltos más prácticos; y si antes celebraban la *fiesta del trabajo* clamando contra la burguesía, hoy lo hacen consumiendo opi-paras meriendas, dejando á un lado el platonismo con sus bagajes y consecuencias, para abrazarse con todo el poder de sus brazos, al miserable, pero obligado prosaismo, porque los tiempos ni están ni reclaman otra cosa.

También el 2 de Mayo vimos deslizar placidamente; á ratos con el cielo nublado y amenazando con el envío de un torrente de agua, á ratos con sol espléndido, propio del mes de las flores, como debe alumbrar en día tan glorioso y memorable.

Pero, por suerte, la amenaza no pasó de amenaza y la procesión cívico-militar recorrió con brillo su acostumbrada carrera, para terminarla rindiendo el justo y obligado homenaje de respeto y admiración á los que antes quisieron morir que soportar en el rostro la quemazón de una afrenta.

Como no somos rencorosos y además los años entibian y atemperan las pasiones, porque llevan la reflexión al cerebro, ya no es, para los hijos de la reina República, en Madrid el Dos de Mayo lo que era hace treinta ó cuaren-

ta años, y mucho menos lo que era en aquellas épocas de que con tanto entusiasmo nos hablan nuestros abuelos; y sin embargo, en esa invariable fiesta genuinamente madrileña, patriótica, todo amor y sentimiento, dedicada á venerar la memoria de los que murieron luchando por lo más sagrado y de los que murieron alevosa é inocentemente, sin duda alguna, para que los charcos que formó la sangre vertida fueran los inmensos regueros de pólvora que die-ran fuego á las infinitas minas que ocultas yacían en todo el suelo hispano.

Serio, silencioso, arrullado á veces por el ramoso rogar y erugir de la frondosa vegetación que medio le oculta, el elevado y conmemorativo obelisco de la plaza de la Lealtad ve transcurrir un año, sin que nadie traspase la verja que circunda su jardinillo; pero llega el día 2 de Mayo y bien de mañana empieza á ser visitado por multitud de devotos, ve convertirse su base un sencillas altares, y escucha en su alrededor, á veces ahogadas por el estruendo del cañón, las paces que elevan por los muertos en aquel campo, paces que no deja de oír hasta que el pueblo se apaña á sus lados y las banderas militares tienden los aires con sus marciales y guerreras marchas y los soldados pasan en columna de honor por uno de sus frentes, como para en breves momentos resarcirle del olvido en que al parecer está durante un año.

La fiesta, es igual todos los años; mas no por esto deja el pueblo madrileño de desfilir por delante del monumento; y es que al lugar del sacrificio no va á distraerse... va por que todas sus más potentes energías no pueden oponerse á la fuerza de atracción que en el Dos de Mayo tiene el Prado y la Plaza de la Lealtad.

Aun calientes los restos del bondadoso padre de «Las obras de misericordia» y del «Cura de la Aldea» la parea nos arrebató también al decano de los escritores madrileños, al aristocrático «Asmodeo», al periodista que ha resesado más fiestas palatinas.

D. Ramón de Navarrete, como don Enrique Pérez Escribá, fue escritor fecundísimo y hombre de larga y laboriosa vida. En no que no tuvieron parecido fue en lo verso favorecidos por la voluble Fortuna; pues en tanto que aque-

CARLOS II EL HECHIZADO

309

—Lo creemos así, contestaron muchos caballeros.
—El día que tuvimos la gloria de ver á V. M. en Madrid, prosiguió un título de Castilla, cantaban las aves, el cielo se sonreía de placer, las flores se entre-abrían amorosamente bajo la sombra de los sauces, las fuentes desataron sus cintas de plata, y es fama que no hubo dñada ni silvano que no desfalleciesen de felicidad allá en el fondo de los valles.
—Sois muy poeta, contestó María Luisa, sonriéndose.
—Es que donde quiera que esté V. M. siempre hay un parnaso que la rodea.
—Gracias, señores. Siempre ha sido proverbial la galantería española, y ahora veo que es más aun de lo que yo creía.
—V. M. honra demasiado lo que no es otra cosa sino una emanación del entusiasmo que nos inspira. La reina se sonrió.
—¿Sabeis, señoras, preguntó, donde está la marquesa de Villouraz?
—No lo extrañe V. M. contestó rápidamente la marquesa de Terranova; la señora marquesa no se ha presentado en la corte, porque está nombrada para hacer la presentación de cinco jóvenes caballeros que han tenido la fortuna de salvar la vida al duque de Medinaclí.

CARLOS II EL HECHIZADO

308

alarde de ese singular laberinto de palabras que corrompieron nuestro gusto hasta degradarlo ante las naciones cultas de entonces.
Acostumbrada la reina á este género de lenguaje, pues se hallaba muy en moda en la corte de Luis XIV, respondía perfectamente ya á una sátira, ya á un madrigal, bien á una descripción anacreóntica ó ya se aprovechaba una ocasión donde se adoptaba una entonación épica que resonaba en el concurso como un clarín guerrero.
Pero aquella mañana era una mañana de estremada felicidad. María Luisa había olvidado la triste conversación que poco antes tuviera, y dominada por ideas campestres iba á principiar un idilio con tres ó cuatro damas y una multitud de caballeros, convertidos todos en aquel momento en gentiles zagalas y apuestos pastores.
—¿Cuándo vendrá la primavera! exclamó la reina.
—¿Cuándo se extenderá el perfume de las flores y se oír el jorgeo de los pajarillos!
—Señora, contestó un cortesano; solo basta que V. M. lo desee para que la naturaleza se transforme de un modo brillante.
—Eso no es más que una exageración que rendis á mi poder.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 305

—¿Os admira, señor, que este palacio evoque tristes recuerdos para la que fué esposa de Felipe IV!
—¡Ah! contestó el tímido Carlos, estremeciéndose ante aquel recuerdo.
—Pues bien, hijo mío; arrastrada acaso por un sentimiento exagerado, no he podido dejar de acordarme de vuestros abuelos, de la grandeza de vuestra cuna y del antiguo esplendor de esta monarquía.
—Señora, esas ideas atormentan.
—Hacen más, despedazan el corazón.
—¡Si yo pudiera!... murmuró el rey, como si estuviese solo.
—¿Qué decis! exclamaron las dos reinas á un tiempo.
—Nada... pensaba en una cosa imposible... Con todo, ¡qué sabemos lo que Dios nos tiene reservado!
—Es verdad, contestó María Luisa, siguiendo el pensamiento de esperanza que acababa de cruzar por la mente de su esposo.
—¡Ah! dijo para sí la reina madre; ¡haced esfuerzos para ser algo y no te atreves á pensar!...
Hubo un largo silencio. Cada cual meditaba en ese fúnebre libro del pasado, que la reina madre había abierto con astuta premeditación.
—Vamos, exclamó de pronto el rey haciendo un